

Unas zapatillas para andar por casa

Miguel Losada,
Ateneo de Madrid

Cuando los poetas sacan los pies del tiesto. Cuando los poetas hablan no de lo que se espera que hablen sino de lo que les da la gana. Entonces... Tengo una duda. ¿Es que el poeta debe seguir llamándose poeta? Cuando la poesía solo puede ser verdad. Cuando la poesía se aparta de los arquetipos y los cánones establecidos para decir lo que la humanidad piensa y reírse de todo si es preciso. ¿Qué ocurre entonces? ¿Acaso la poesía deja de ser poesía?

Todas estas preguntas se me plantean al leer por primera vez el libro de José María Prieto, *¿De qué no se ríe un poeta?* Y yo me sigo preguntando, ¿Es que acaso el poeta no puede reírse de todo? “Basta señora arpa de las bellas imágenes” decía Vicente Huidobro, porque otra cosa buscamos. Basta poesía del ornato y manicura de la lengua. Basta de palabras desgastadas por el uso. Otra cosa buscamos. ¿Es que el mundo no es lo suficientemente risible como para situarnos ahora ante él serios y sudorosos y seguir escribiendo “pendejadas” sesudas y declamatorias? No. José María Prieto no lo hace. Con su estilo cortado, que no se anda con rodeos. Atrevido, en busca siempre de la palabra revitalizadora, al acecho del hallazgo de nuevas imágenes, “drogadicto de las sílabas”. Y cuando el hallazgo se produce, ¡Qué cortocircuito nos puede provocar entonces!, porque “a medida que te acercas/ están predispuestos al tacto/ los interruptores”.

Acostumbrado a hacer juegos malabares con palabras inconvenientes, el poeta coloca todo “bajo sospecha”, desde el inspector de hacienda que se “gana la vida con quimeras” o el Ministro que juega siempre al éxito seguro, hasta ese niño que ladra con su perro. Aquí todo es posible, como esa rata que se pasa la noche en el hueco de una bandurria. Y siempre nos sorprende la cantidad de temas insospechados, la originalidad de los planteamientos que nunca se repiten. Y así, las cosas más insignificantes

adquieren interés en el poema. Aquí todo puede cobrar vida. No importa que sea un frutero, una cucharilla, la nevera o un balón. Las cosas hablan pero siempre para comunicarnos asuntos sorprendentes. Las orejas, que son “un par de espías”, o ese sol que “resbaló, cayó y no queda de él ni sombra”.

Estamos ante una poesía sabia, que ha crecido y madurado con el tiempo, hasta conseguir imágenes insólitas como las de ese par de pilas, que se encontraban en el paro y ahora, hermanadas dentro de una linterna, viven condenadas a estar juntas, como dos monjas de clausura, dando luz... y “de ellas es el fruto”. Es esta una obra que sabe lo que valen unas zapatillas de andar por casa, cosas así... Pero no piensen que estamos ante una poesía centrada en el poder de las cosas y alejada del sentimiento. Lo que pasa es que el autor intenta huir de lo subjetivo y sentimental al uso. “Más profundo que mi amor por ti/es el olvido... más profunda que tu pupila/es la ternura que nos mantiene cosidos/ cumpliendo años...” Insisto, estamos ante una poesía sabia, alejada de todo tipo de énfasis, no exenta de una sensualidad, a veces latente, otras veces más explícita, pero siempre de buena ley, con sorprendentes hallazgos como esos raíles de tren que se convierten en dos trenzas o como mostrar el manifiesto erotismo de una plancha cuando se calienta.

Pero si todavía no están convencidos de todo y siguen queriendo saber “de qué no se ríe un poeta”, saquen enseguida su billete y emprendan la lectura de este libro singular y apasionante. Les aseguro que lo van a disfrutar. Se trata de un viaje para el que no van a necesitar billete de vuelta.